

LA PRINCESA

Autor: Abilio Ayuso



He mezclado un par de cuentos de hadas con una dosis elevada de ciencia ficción, algo de thriller, toques de humor y realismo, y ha salido ésto que aquí veis: **14**

En los vuelos internacionales, a Roberto le gustaba pedir un botellín de vino o cava en cuanto las azafatas daban su primer paseo, pero en aquella ocasión se quedó con las ganas, un fogonazo le cegó por completo, a ello le siguió una sensación de caída y de repente, en lugar de estar en el avión con destino a Tokio, se encontró en una especie de pradera de color liliáceo, aunque todavía sentado sobre su butaca y con un trozo de fuselaje del aparato a su lado perfectamente recortado en forma ovalada.

Mientras tanto en el aeropuerto de partida se desataba el pánico, todo el mundo pudo ver como dos bolas azuladas impactaban contra el avión dejando sendos boquetes en su lateral izquierdo, por fortuna había sucedido justo en la maniobra de despegue y no se produjo descompresión en cabina aunque sí una tremenda ráfaga de aire que azotó sobre todo a los pasajeros más cercanos a los agujeros.

El piloto fue alertado de inmediato y haciendo gala de su experiencia, en lugar de elevar el aparato le hizo dar un gran rodeo para volver al mismo aeropuerto mientras eran canceladas todas las partidas y aterrizajes del mismo.

La noticia era imparable, docenas de personas habían ido a despedir el vuelo donde viajaba la princesa Margarita en viaje oficial a Japón y habían grabado con sus móviles lo sucedido, los pasajeros del avión también estaban enviando cientos de fotos y vídeos de los boquetes, las redes sociales estaban echando humo y las autoridades pensaron que intentar silenciar la prensa sería inútil e incluso contraproducente.

Se habló de terrorismo, pero pronto tuvo que ser descartado, no hay ningún explosivo que pueda hacer desaparecer limpiamente un trozo de avión, algunos científicos a sueldo directa o indirectamente del gobierno trataron de colar la idea de un fenómeno natural, bolas de plasma que hubieran desintegrado dos porciones del aparato, pero en esta ocasión los medios de comunicación no quisieron comulgar con ruedas de molino y los titulares dijeron sin tapujos: La princesa Margarita y un pasajero de clase turista secuestrados por los extraterrestres.

A partir de ahí la imaginación se desbordó: ¿Que experimentos harían con ellos?, ¿Pedirían rescate?, ¿Les obligarían a aparearse?, todo el mundo sabía quién era la princesa pero ¿Y el segundo secuestrado?, Los paparazis hicieron rápidamente su trabajo: Roberto García Fernández, un oscuro contable cuarentón que vivía con su perro y en sus vacaciones había contratado un viaje a Japón.

Solo una curiosidad en su vida: Escribía fábulas y novelas de ciencia ficción que colgaba en una web que apenas tenía visitas, pero aquello cambió cuando un periodista sugirió que tal vez alguna de aquellas novelas podía contener la clave de su secuestro, la web se colapsó por la cantidad de descargas y en poco tiempo las colaboraciones para su mantenimiento, que hasta entonces no habían llegado ni para comprar un bocadillo, alcanzaron una cifra astronómica.

A partir de entonces los “expertos” las analizaron con detalle: ¿Habrá desvelado sin querer algo que los extraterrestres no quieren que se sepa?.

Cuando Roberto salió de su primera sorpresa, se puso en pie y evaluó la situación, estaba claro que se hallaba vivo y despierto pero en un lugar fuera del sistema solar, los dos soles en lo alto del firmamento daban fe de ello, al igual que las cuatro lunas, el cielo verdoso, las plantas en forma de hongo y con racimos de bolas doradas colgando, y aunque el aire era respirable estaba cargado de aromas indescriptibles.

Para asegurarse de que no lo había soñado sacó el móvil de su cazadora y vio que funcionaba correctamente aunque evidentemente no tenía ningún tipo de cobertura, comenzó a grabar las extrañas montañas del fondo, el cielo, las formaciones vegetales y más abajo una especie de charca compuesta por esferas doradas, tal vez las mismas que caían de los racimos y se habían acumulado en una depresión formando algo parecido a las piscinas de bolas de los niños en los parques de atracciones, allí en medio parecía moverse algo, amplió el zoom a tope y efectivamente, era una muchacha que se debatía por no hundirse en aquella masa pegajosa.

Guardó rápidamente el móvil y se acercó corriendo al lugar mientras le llegaban con mayor claridad los gritos de la chica y el olor putrefacto de aquel amasijo de frutos dorados.

Su mente racional estaba considerando como podría sacarla de allí sin quedar él mismo atrapado cuando prácticamente tropezó con la solución, eran unas enredaderas que discurrían por el suelo con un tallo correoso del que afloraba una especie de plumón, por fortuna no estaban adheridas con demasiada fuerza a la capa vegetal, consiguió separar una de longitud adecuada, le ató a la punta algo similar a una rama caída o lo que fuera y se lo lanzó a la chica diciéndole que atrapara el palo con ambas manos.

No fue tan sencillo estirar de ella, parecía que esa masa se esforzaba en retenerla, viendo que la fuerza de sus brazos era insuficiente tuvo que rodear su cintura con dos vueltas de aquella liana y caminar inclinado hacia

delante cargando todo su peso. Finalmente consiguió llevarla a la orilla donde acabó de sacarla tirando de las muñecas consiguiendo ponerla en pie al mismo tiempo que le decía: “Salgamos rápido de aquí este lugar es malsano, alejémonos, déjate de tonterías, luego ya te quitarás las bolas que tienes enganchadas”.

“Vale, te agradezco que me hayas sacado, ¿Pero quién eres para darme tantas órdenes?, soy la princesa Margarita y no estoy acostumbrada a que me traten así”.

“Muy bien princesa, pues como supongo que habrás recibido una esmerada educación dime: ¿En qué lugar hay dos soles, cuatro lunas y un cielo verdoso?”.

“No... Esto no existe”.

“Pues existe y estamos en él, y como no creo que en un segundo nos hayan trasladado a muchos años luz de distancia, supongo que estamos en otra dimensión y en esta dimensión tú no eres princesa ni eres nada, es más aquí no existen las princesas y posiblemente ni siquiera los humanos”.

“¿Pero cómo es posible?, ¿Tú también estabas en el avión?”.

“Si, Roberto García por si te interesa, iba de vacaciones a japon y desde luego no esperaba llegar tan lejos ni con tan augusta compañía, pero alejémonos de esta hondonada y veamos qué podemos hacer por nuestra supervivencia”.

No habían caminado más de diez minutos cuando observaron una extraña figura que descendiendo de la colina se acercaba a ellos pero sin tocar el suelo como si flotara, instintivamente Roberto tomó uno de esos palos como el que le había servido para salvar a la princesa y le hizo gesto de que se pusiera detrás de él.

Aquel ser parecía una especie de rana enorme con hábito y capucha, se acercó hasta quedar a cuatro palmos y habló con una voz que semejaba una serie eructos con toque metálico: “No tenías que haberla sacado, ella es un subproducto, un daño colateral, la dejamos encima de las bolas para que se hundiera y no te molestara, deshazte de ella, no tiene sitio aquí”.

Aquella palabrería había puesto furioso a Roberto que con cara de muy pocos amigos contestó: “No sé quién coño eres pero me caes profundamente mal, ósea que habéis dejado caer allí a la chica para que muriera y ahora me pides que me deshaga de ella, ignoro que clase de bicho crees que soy, pero desde luego mucho mejor que tú”.

“Muy bien, yo ya te he avisado, no hay sitio más que para uno y todo está pensado para que funcione solo contigo, pero haz lo que quieras, tienes que llegar al refugio que se ve arriba de aquella montaña si cae la noche las bestias oscuras os aniquilarán, allí debes descontaminarte siguiendo al pie de la letra las instrucciones escritas, sino se te pudrirá la piel”.

Margarita iba a decirle algo no muy agradable pero no tuvo tiempo porque aquel ser simplemente desapareció.

Roberto era un hombre muy pragmático así que en cuanto aquel sapo hubo desaparecido dijo: “Princesa, el bicho ese me cae tan mal como a ti, pero estoy seguro de que tiene razón en lo que ha dicho de que si no nos espabilamos moriremos”.

Emprendieron la subida hacia el lejano refugio. Viendo que los dos soles comenzaban a descender por el horizonte y aún quedaba un buen trecho, Roberto, al que sus años de montañero aficionado le daban una cierta ventaja, tomó la mano de su compañera diciendo: “Venga espabila, que no te he rescatado de las bolas asquerosas para que ahora te coman los bichos”.

“De eso te vales, de que me has salvado la vida, sino te iba a decir de todo menos bonito”.

“Llegaron al refugio cuando los soles estaban en el horizonte, era una especie de cripta de piedra adyacente a la roca de la montaña, solo entrar vieron un primer letrero que decía: Cierra la doble puerta metálica con pasador y pestillo, así como la ventana, no las vuelvas a abrir hasta que los soles iluminen”.

Las puertas eran metálicas y de varios centímetros de espesor, primero cerraron la exterior colocado la pesada barra que la inmovilizaba, luego la interior de igual forma, seguidamente la ventana también metálica y gruesa con su correspondiente contraventana, a pesar de ello la estancia no quedó completamente a oscuras sino iluminada por un tenue resplandor rojizo como el que produce el rescoldo de una chimenea.

Aquel pequeño habitáculo estaba prácticamente vacío, en la pared de la roca de la montaña había una hendidura perfectamente rectangular de unos dos metros de largo por uno de fondo y apenas tres palmos de alto. Un nicho ocupado por completo por una especie de saco para dormir de un material parecido a la piel del visón.

A su lado otra hendidura similar pero vertical con una puerta transparente que ajustaba a la perfección, después una serie de portezuelas de un

material parecido a la madera que tapaban diversos huecos, un rectángulo abatible del mismo material que podía hacer de mesita y como único mobiliario un escabel de buen tamaño forrado con el mismo material del saco.

Encima de aquel asiento había una especie de pergamino con instrucciones detalladas indicando: Mete hasta la última prenda de ropa y objetos personales en este armario y ciérralo bien para que sean descontaminados, si te dejas algo encima ese trozo de piel se te pudrirá, seguidamente entra en ese hueco vertical para ser descontaminado, funciona automáticamente no has de hacer nada, no salgas antes de que acabe el ciclo, luego podrás comer lo que hay en el armario del fondo, los desechos fisiológicos hazlos en ese hueco en la piedra que tiene una tapa redonda, no tardes en meterte dentro del saco porque a pesar de que las paredes son gruesas la temperatura caerá por debajo del punto de congelación.

A cada palabra que leía aumentaba el mal humor de la princesa que acabó diciendo: “Dios mío que cutrez, me tengo que desnudar y hasta cagar delante tuyo, ¿Que más me puede pasar?”.

“Tómalo en plan deportivo, yo no te miro, si total estoy harto de ver princesas desnudas, venga entra tu primera a descontaminarte”.

Así lo hizo, se metió dentro del estrecho hueco vertical, cerró la puerta, pero no sucedió nada, al cabo de un momento salió diciendo: “Me parece que esto no funciona, ¿Tú sabes por qué?”.

“Me parece que sí, creo que solo funcionará si entro yo”.

“¿Y yo qué, se me pudrirá la piel?”.

“No se te pudrirá porque entrarás ahí conmigo”.

“Pero si apenas cabe uno”.

“O dos muy apretados”.

Se metieron con gran dificultad, acordaron que de espaldas en lugar de frente a frente para hacer la situación menos embarazosa, aun así sus nalgas estaban apretadas una contra otra, en cuanto cerraron la puerta aquello comenzó a funcionar, primero les cayó un líquido gelatinoso por encima, al notarlo Roberto dijo: “Margarita, ahora sin tonterías, hemos de movernos o frotarnos uno contra otro para que el descontaminante cubra nuestros cuerpos, si estamos así tan pegados nos quedarán zonas sin tratar”.

En esta ocasión ella tuvo un toque de humor diciendo: “Huy si, solo faltaría que se me pudriera el culo”. Pero el caso es que intentó removerse como pudo para permitir que el líquido circulara entre ambas nalgas y espaldas, al cabo de un momento paró y dijo: “¿No te estarás poniendo cachondo de tanto frotar culos?”.

“Si quieres probamos de frente”.

“Ni loca”.

Al cabo de un rato el líquido viscoso fue sustituido por agua templada y finalmente una corriente de aire cálido les secó.

Las instrucciones decían que la ropa y objetos no estarían descontaminados hasta la mañana del día siguiente así que se dispusieron a cenar desnudos como monos, el asiento era cómodo para una persona pero justito para dos, abrieron el armarito de la despensa y allí apareció un enorme bol de algún tipo de guisado, una servilleta y una cuchara sopera de cerámica, también había una jarra grande que contenía un líquido muy agradable y un gran tozo de fruta que recordaba una raja de melón con la diferencia de que era morado.

Se sentaron algo apretados en aquel escabel, la princesa miró la única cuchara y dijo: “¿Tienes alguna enfermedad contagiosa?”.

“Yo no, pero si alguno de los dos la tiene seguro que después de esta aventura se la contagia al otro, de todas formas usa tu primero la cuchara”.

El guisado era sabroso y suave a la vez, cuando Margarita había consumido un cuarenta por ciento dijo: “Ahora acabalo tú”.

“Pero no has comido la mitad”.

“Lo sé, pero tú tienes más envergadura y a fin de cuentas me estoy comiendo tu comida, pero de esta fruta tan buena sí que voy a comer la mitad”.

Apenas habían acabado cuando notaron que la temperatura descendía vertiginosamente, hicieron sus necesidades apresuradamente y se metieron corriendo en el saco cuyo tacto era de una suavidad y una calidez tal como ningún otro material conocido.

Enseguida se dieron cuenta de que, a pesar de que cabían los dos, no sobraba ni un centímetro, tendrían que dormir pegados piel con piel lo cual, a pesar de ser muy embarazoso, les proporcionaba un extra de calor que allí era muy necesario.

En principio se pusieron espalda con espalda pero a pesar del cansancio, los ruidos provenientes del exterior no les facilitaban el sueño. Se notaba con toda claridad como unas potentes garras rascaban la pared exterior y la ventana y puerta metálicas, al mismo tiempo que se oían unos lamentos que comenzaban con un gorgoteo y acababan en un chirrido siniestro, la princesa se volvió hacia Roberto y le dijo escuetamente: “Tengo miedo”.

Él se giró de su lado, la abrazó y contestó: “Me gustaría decirte que no te preocuparas, que yo te protegeré de todo mal, pero sería mentira, lo único que puedo afirmar es que haré todo lo posible”.

“Pues cambiando de tema: Estoy notando cierta cosa por ahí abajo”.

“Lo siento, no me la puedo cortar ni dadas las circunstancias siquiera hacer que se quede pequeña, también yo estoy notando tus tetas y me agunto”.

“Bueno, podía haber sido peor, por lo menos pareces buena persona”.

Dicho esto se quedaron dormidos como troncos, de frente y abrazados. Al despertar se dieron cuenta de que la temperatura de la estancia era soportable, abrieron la trampilla donde habían dejado la ropa y allí estaba perfectamente plegada y desprendiendo fragancia floral, recogieron sus objetos personales y se dispusieron a desayunar.

El desayuno consistía en una especie de panecillos blandos rellenos de algo que no pudieron definir si era carne o pescado, tres variedades de fruta y otra jarra de aquel líquido tan agradable.

Solo salir al exterior volvió a surgir la rana encapuchada que sin preámbulos y con la misma voz desagradable dijo: “Veo que no te has deshecho de la hembra, tú sabrás lo que haces porque en este segundo día has de atravesar el valle que se extiende detrás de esta montaña y no creo que ella esté preparada, al final verás una montaña mucho mayor, a sus pies hay otro refugio, date prisa porque si cae la noche y estás fuera morirás, no toques nada, ni comas ni bebas nada que encuentres, no te acerques a las plantas, mantente alejado de cualquier cosa que parezca viva”.

Dicho lo cual volvió a desaparecer como por ensalmo. No dudaron ni un momento, en el exterior de las paredes de la cripta y las pesadas puertas se veían señales de arañazos que hubieran podido destrozar cualquier otro material más blando, se pusieron en camino siguiendo una amplia senda empedrada que descendía hacia el valle dividiéndolo igual que un trazo de rotulador negro en mitad de un dibujo multicolor.

Roberto cargaba con uno de esos troncos que se veían diseminados por doquier, había escogido uno ligero pero resistente que presentaba una punta aguzada.

La entrada en el valle era como pasar por una larga catedral enloquecida cuyas paredes estaban compuestas por las formas de vida más absurdas que nadie pudiera imaginar, muchas de ellas no podía asegurarse si eran vegetales, animales o ninguna de las dos cosas, el sonido que producían era una mezcla de chirridos, gorgoteos, silbidos y chapoteos de lo más desagradable, Margarita acabó diciendo: “Si este sonido continúa todo el camino acabaré volviéndome loca”, ante lo cual Roberto sacó de su bolsillo dos tapones para oídos y se los puso sin más explicaciones.

Parecía como si el material del empedrado repeliera a las extrañas formas de vida que se alzaban hasta casi formar un techo sobre el mismo, no obstante una especie de largo tentáculo consiguió asir el tobillo de la princesa sin rozar el suelo, Roberto lo pinchó contra el pavimento y fue como si aquella cosa hubiera tocado una plancha de hierro al rojo, se deshizo de inmediato emitiendo unos chirridos escalofriantes.

Roberto tomó por los hombros a la espantada muchacha y le dijo: “Ya ves como las gastan esas cosas, así que irás delante mío y justo por el centro de la calzada, ni un solo palmo a derecha o izquierda”.

No hubo más incidentes y solo se detuvieron unos segundos para que Roberto encendiera el móvil y grabara aquellas formas de vida locas, sus sonidos y se hiciera un par de selfies con la princesa y las monstruosidades de fondo volviendo a cerrar por completo el aparato para guardar batería.

Para distraerse y olvidar las aberraciones que les rodeaban, hablaron de cualquier cosa por el camino, dado que la vida de ella era públicamente conocida se dedicó a indagar sobre la de él diciéndole: “Bueno, cuéntame algo de ti, me gustaría saber qué clase de compañero de aventuras tengo”.

“Te aseguro que mi vida no tiene nada de interesante, soy un triste contable sin más”.

“Vale, tu trabajo es aburrido, ¿Tu vida amorosa también, soltero, casado, divorciado, gay?, aunque eso último me parece que no”.

“Pues mira, después de tres desengaños amorosos he decidido que mi destino está claro en este aspecto, en mi tiempo libre me dedico a realizar excursiones por la montaña acompañado de mi perro y escribir relatos breves”.

“Ya, y el tema mujeres ¿Lo solucionas simplemente con castidad, o te la pelas como un mono?”.

“Ni una cosa ni otra, hay unas masajistas chinas muy agradables que por un precio módico me relajan la espalda y todo lo demás”.

“¿Y no te da asco que unas desconocidas te hagan eso?”.

“No son unas desconocidas hace años que son las mismas y hay entre nosotros una camaradería y amistad”.

“Si te cobran no será tanta la amistad”.

“Viven de ello, y mantienen a sus familias”.

“Resumiendo, para aliviarte vas de putas”.

“Estás equivocada, ni ellas ni yo lo vemos como una prostitución, es un servicio que tiene por objeto desestresar y relajar al cliente que lo necesita y con la misma naturalidad me masajean el cuello que el pene”.

Tras muchas horas de caminata dejaron atrás el valle y vieron que la calzada en forma de escalinata subía por la base de una inmensa montaña en la cual se divisaba a lo lejos un refugio parecido al anterior, pero los soles estaban cerca del horizonte y Roberto calculó que no llegarían antes de la puesta porque la princesa estaba al límite de sus fuerzas, sin dudarlo la cargó a caballito y trotó escaleras arriba, llegaron cuando la penumbra invadía el ambiente y formas oscuras surgían de sus madrigueras dirigiéndose hacia ellos.

Descargó a la chica dentro gritándole “¡Cierra la ventana!” y ocupándose el mismo de la puerta exterior al tiempo que varias formas repugnantes se abalanzaban sobre ella, luego la interior y rápidamente hacia la ventana.

A pesar del agotamiento Margarita tenía tal pánico de aquellas bestias que se dirigió como posesa hacia la ventana, logró cerrar el pórtico exterior y se echó temblando hacia atrás contemplando como en las rendijas entre el metal y la piedra se adivinaban afiladas garras intentando hacerse hueco, Roberto la sentó en el escabel y cerró la contraventana haciendo que el horrible sonido quedara amortiguado.

Estaban tan cansados que se hubieran acostado sin más pero las instrucciones estaban claras y la amenaza de pudrirse les hizo seguirlas, volvieron a quedarse desnudos aunque en esta ocasión Margarita lo hizo rápidamente y sin recato alguno, aquel refugio era calcado al anterior, se metieron sin manías en aquella especie de ducha y no supieron si tal vez

era unos centímetros más ancha o ellos habían adelgazado pero pudieron removerse mejor que la otra vez en su interior lo cual les permitió frotarse el descontaminante mutuamente por la espalda.

A pesar del agotamiento, en un arranque de humor Margarita dijo: “Si hace dos días me hubieran dicho que iba a dejar que un plebeyo me sobara el culo hubiera pensado que ni loca, y por cierto, te estás recargando un poco en la entrepierna”.

“Normal es la parte más difícil de limpiar, luego me lo tendrás que hacer a mí”.

“El colmo ya, yo sobando el culo de un plebeyo”.

También se comportaron de forma diferente en la cena, Roberto la vio tan agotada que tomó la cuchara y le fue dando de comer como a un bebé, una cucharada para cada uno y obligándola a comer la fruta y beber la mitad del líquido de la jarra, hecho lo cual la ayudó a meterse en el saco y depositó los restos y enseres de la cena en el armarito despensa.

Cuando se acostó el frío comenzaba a congelar la estancia, ella lo abrazó, le dijo: “Gracias por todo”, le dio un beso y se quedó dormida como un tronco sin importarle los ruidos del exterior.

Al despertar, ella le miró a los ojos y le dijo: “Ayer estaba tan cansada que no tuve fuerzas ni para explicarme adecuadamente, pero gracias por todo, y no solo por lo que has hecho, sino por lo que no me has hecho, estoy totalmente a tu merced, otro en tu lugar me habría chantajeado o directamente violado”.

Roberto sonrió, acarició el rostro de la muchacha y le dijo: “Ya ves, entre los plebeyos hay de todo, incluso caballeros”.

Después del desayuno, apenas habían puesto un solo pie en el exterior cuando su extravagante anfitrión anunció descaradamente: “Veo que sigues cargando con el fardo, trabajo inútil porque en esta última etapa la tendrás que dejar o morir con ella, el tercer refugio está en lo alto de aquella montaña y el peligro no son las bestias oscuras que allí no llegan, sino la congelación”.

En cuanto el rana-monje se hubo desvanecido Roberto dijo: “¿Cómo te encuentras princesa?”.

“Mejor y descansada, pero con agujetas”.

“Un consejo de montañero: Las agujetas se quitan caminando otra vez, vamos”.

Esta vez la senda se estrechaba y subía montaña arriba en forma de escalones amplios, a tenor de las advertencias de su anfitrión procuraron acelerar el paso de buena mañana, a ratos debían detenerse porque a Margarita le faltaba la respiración, no solo por el empinado ascenso sino porque el aire cada vez era más tenue, Roberto había dejado su bastón ya que el camino no presentaba peligros y por el contrario tomó la mano de la princesa e iba estirando de ella.

A pesar de que los soles aún estaban en alto, el frío comenzaba a hacerse intenso y solo lo combatían con el esfuerzo físico pero en el último tercio se hacía insoportable, con el refugio ya a la vista pero aún muy distante la princesa se dejó caer exánime diciendo: “Simplemente no puedo más sálvate tú, yo estoy muerta”.

Roberto se la cargó a los hombros como un fardo y siguió ascendiendo con un esfuerzo titánico, pensó que no lograría llegar, pero algo en su interior le apremiaba a seguir y seguir hasta la puerta del refugio.

Éste era muy diferente a los anteriores, no estaba adosado a la pared y era mucho más amplio, solo entrar notó la calidez de su interior, en el muro izquierdo lucía un buen fuego en una especie de chimenea y en el derecho había un hueco en la roca donde se veía humear lo que parecía agua termal, depositó a la princesa en la mullida alfombra que había al pie, cerró la doble puerta para cortar el paso al aire helado y comprobó con satisfacción que en esta ocasión la ventana era de cristal y ya estaba cerrada.

Sin manías desnudó a la princesa tirando su ropa a un lado y la metió en aquel baño caliente dejando su cabeza apoyada en la roca pulida de aquel cuenco, seguidamente se desnudó mientras vigilaba que la chica no se removiera y hundiera su cabeza en el agua, acto seguido se sumergió en el cálido baño poniendo a la princesa de espaldas delante suyo y comenzando a masajearla vigorosamente por todo el cuerpo para restablecer su circulación, únicamente respetó la zona del pubis y los pezones.

Al cabo de un momento ella despertó y dijo en un susurro: “¿Has aprendido este masaje de tus chinas?”.

“Si, pero puedes estar tranquila, no te haré un final feliz”.

“En estas circunstancias no se si me vendría mal”.

“¿Si quieres...?”.

“Ni se te ocurra, era broma, ya solo me faltaría”.

“Vale, ya sé que no soy un príncipe”.

“No creas, hay príncipes mucho más asquerosos que tú”.

“Bien, así que yo solo soy medianamente asqueroso”.

“No es eso, déjalo, estoy tan cansada que no se ni lo que me digo”.

Al acabar, siguiendo las instrucciones escritas, Roberto secó a la princesa y luego a sí mismo con una enorme toalla que halló colgada en unos cuernos que pendían de la pared, la sentó en una especie de sofá junto al fuego, metió la ropa y objetos personales en el armario de descontaminación, y grabó un video de 360 grados de la estancia mientras ella se tapaba los pechos y pubis con las manos gritándole: “¿Qué demonios haces grabándome desnuda?!”.

“No te estoy grabando a ti, so burra, sino todo y nuestras circunstancias”.

“Pues a tí no te has grabado”.

“Muy bien pues ponte aquí de pie”.

Acto seguido se puso junto a ella, le pasó un brazo por el hombro y con la otra mano grabó un video en plan selfie diciendo: “Aquí Roberto García, de profesión contable y escritor de historias intentando sobrevivir junto con la princesa Margarita”.

Pasado el primer asombro ella dijo en un tono poco amistoso: “Porque mucho me temo que no vamos a salir de aquí y además me has salvado la vida más de una vez, sino te pegaba una patada en los huevos y te hacía borrar ese video”.

A lo que él respondió tomándola por los hombros y dándole un beso en mejilla mientras decía: “¿Y quién te iba a salvar la vida la próxima vez si me dejas fuera de combate?”.

“De eso te vales”.

En aquella estancia había una mesa y sillas como dios manda con varias fuentes de algo parecido a la cerámica que a medida que iban destapando pudieron comprobar que contenían manjares deliciosos, también la bebida era diferente, no se podía asegurar que contuviera alcohol, pero producía un efecto entre eufórico y relajante recordando de lejos la sangría de champagne, Roberto tuvo la sospecha de que también era ligeramente afrodisíaca, pero no comentó nada por no alarmar a la princesa y porque no

tenían otra cosa para beber ya que el agua de la bañera era ligeramente salobre.

Seguidamente se acostaron, no sin antes cargar la chimenea con una buena provisión de troncos, en la que para su alivio era una enorme cama con una base muy blanda y con la cobertura inferior y superior del mismo tipo que las de las noches anteriores.

Una vez en la cama, a pesar de que había espacio sobrado, Roberto notó que la princesa se abrazaba a él igual que las crías de mono a sus madres al mismo tiempo que se disculpaba diciendo: “A pesar del baño termal aún tengo el frío metido en los huesos, además, si a estas alturas no me has violado no creo que lo vayas a hacer hoy”.

“No me tientes... No me tientes”.

“Hablando en serio, ¿No se te ha pasado por la cabeza hacerme el amor?”.

“Se me ha pasado por la cabeza un montón de veces que hacer el amor con una mujer tan bella como tú sería una maravilla, pero un hombre de verdad no desea hacer nada con una mujer sin su consentimiento expreso”.

“¿Te gustaría que yo te diera ese consentimiento?”.

“Lo veo tan imposible como que me salieran alas”.

“En circunstancias normales sí que lo sería, pero con todo lo que hemos vivido estos días es como si nos conociéramos desde hace años y por otro lado no sé que va a pasar a partir de mañana, dudo que nos vayan a devolver a la Tierra, puede que sea nuestro último día de vida, ósea que sí, pero con mucha delicadeza”.

“Como si fueras una princesa, ¿Pero no te arrepentirás y me acusarás de haberme aprovechado de las circunstancias?”.

“Yo nunca me arrepiento de mis decisiones y menos aún traicionando mi palabra”.

“De acuerdo, seré muy dulce, ¿Es tú primera vez?”.

“Oye, que soy princesa pero no tonta”.

“Bueno, como todavía estás soltera”.

“¿Y tú, eres virgen porque no te has casado nunca?”.

“Vale, tocado”.

Tal vez por las circunstancias o por el efecto de la bebida, pero fueron unas horas de pasión maravillosas, tras lo cual se quedaron dormidos como troncos, al despertar notaron que ya clareaba pero el ambiente exterior estaba helado, Roberto avivó el fuego y volvió a la cama, al colocarse suavemente encima de Margarita ésta le dijo: “Oye, en esta ocasión no te he dado permiso”.

“Huy que horror, los chambelanes reales me ejecutarán por ello”.

“Los chambelanes no, pero el servicio de seguridad de mi padre no te digo que no lo haría, y por cierto... Se nota que llevabas hambre atrasada”.

“Te confesaré que en principio nunca he amado a una chica tan preciosa como tú, por otro lado llevaba años sin hacer el amor y nuestras relaciones forzadas me habían puesto como una moto”.

“Ya, ¿Y si yo no te hubiera dado mi consentimiento?”.

“Pues me hubiera aguantado y listo”.

Después de la segunda ronda amorosa notaron que tenían hambre y de una alacena salía un olor apetitoso, después de comer y vestirse percibieron que los soles estaban en alto y la temperatura exterior era fría pero soportable.

Solo salir entrevieron que al fondo de la altiplanicie, aunque desdibujado por la neblina, se erigía un impresionante templo que ayer noche ni siquiera habían vislumbrado.

De sus puertas surgió una fila de seres encapuchados como el sapo que les había dado instrucciones, la diferencia es que en esta ocasión no eran figuras virtuales sino que tocaban de pies al suelo, Margarita tomó con fuerza el brazo de su compañero que para animarla le dijo: “Tranquila, si nos quisieran matar ya lo habrían hecho anteriormente, solo con que no nos hubieran dado las instrucciones precisas ya habríamos muerto”.

Al llegar a su altura el que parecía su jefe les dijo: “Os rogamos que nos acompañéis al interior de nuestro santuario”.

A lo que Roberto respondió: “Hablas en plural, ¿Significa que ahora ella existe para vosotros?”.

“Si, ahora ella ya existe”.

“Existe porque yo he luchado por su vida, si fuera por vosotros estaría muerta”.

“En realidad ella nunca ha sido un subproducto ni un error, sino una prueba para saber qué clase de ser eres, si la hubieras abandonado la habríamos rescatado sin que tú te apercibieras, no somos crueles”.

“Y lo de hacernos compartir desnudos esos espacios estrechos, ¿También era otra prueba?”.

“Si, queríamos cerciorarnos de que eras alguien honorable, por eso escogimos la más bella de aquel vuelo”.

Mientras tenía lugar esta conversación estaban ya llegando a las puertas del templo cuando Roberto hizo la pregunta fundamental: “Vale, y todas estas pruebas ¿Para qué?”.

“El gran maestro te lo explicará”.

Aquella construcción solo podía definirse juntando la arquitectura gótica con la egipcia y dotando de vida a todos los elementos como si estuvieran dentro de un paisaje selvático, al fondo había una especie de trono compuesto por un material indefinible, como si se tratara de gemas preciosas pero con vida propia, en él estaba situado un ser como los que les habían acompañado pero más alto y esbelto, su voz no sonó grotesca sino melodiosa cuando les dijo: “Tener la amabilidad de aposentaros cómodamente”.

Después de un incómodo minuto de silencio aquel ser prosiguió diciendo: “Te estarás preguntando por qué te hemos arrancado de tu mundo y hecho pasar por tantas vicisitudes”.

“Pues la verdad es que sí”.

“Tú has escrito algunas cosas intrascendentes, pero otras de gran calado que, aunque las has disfrazado de ficción, contienen ideas que tus congéneres aún no han descubierto, ¿Como lo has averiguado, algún espíritu te ha iluminado, lo has soñado o alguien de otra dimensión se ha puesto en contacto contigo?”.

“Ninguna de esas cosas que dices, todo se me ha ocurrido añadiendo a la pura lógica bastante dosis de imaginación y de inspiración, sin embargo he escrito ciento veinticinco relatos breves, ¿A cuál de ellos te refieres?”.

“Eso no te lo diremos, en todos esos escritos hay cosas inciertas y sin valor y otras demasiado importantes para las que vuestra humanidad aún no está preparada, no te daré ninguna pista al respecto”.

“En menudo lío me has metido, ahora me estaré devanando los sesos para intentar averiguar en qué he dado en el clavo, por otro lado supongo que no nos permitiréis volver a nuestra dimensión para que no se propague la noticia”.

“Estás equivocado nosotros nunca causamos el mal a nadie, es más, para compensar nuestro karma por la incomodidad que os hemos causado os ruego que aceptéis estos presentes”.

Dicho lo cual uno de los subalternos se acercó portando dos saquitos de una tela hilada con unos dibujos primorosos que parecían contener objetos pesados, como si fueran piedrecillas, no obstante la princesa pudo comprobar que el suyo era de menor tamaño.

Acto seguido el ser continuó explicando: “Ahora entraréis en aquella cámara y pensarás con fuerza en algún lugar que conozcas muy bien, de esa forma apareceréis en vuestra dimensión sanos y salvos tal como llegasteis, aunque eso no se cumple exactamente para ella, pero eso no es culpa nuestra sino vuestra”.

“Antes de entrar, una última cuestión: Habéis montado este secuestro interdimensional solo para hacerme esta pregunta, ¿No hubiera sido más sencillo que para ello aparecierais en mi sala de estar?”.

“Las respuestas no tienen un valor intrínseco en sí, sino que dependen de quien las formula y de las circunstancias en que se halla, necesitábamos saber cómo eras y que te encontraras en un lugar fuera por completo de tu control para asegurarnos de su validez”.

Les acompañaron a una esfera brillante que se cerró sobre ellos, notaron un fuerte destello que les cegó y aparecieron unos centímetros por encima de la enorme cama de la habitación de Roberto en la que cayeron de golpe.

Después de los primeros segundos de estupor, Roberto escuchó unos pitidos intermitentes y dijo: “Hostia, la alarma”, tras lo cual procedió a desactivarla.

Acto seguido se volvió a su compañera diciéndole: “Margarita, cariño, ¿Estás bien?”.

“Si, pero no me quito de la cabeza la última frase de aquel bicho: Volvemos sanos y salvos tal como llegamos, pero eso no se cumple para mí, pero no es culpa de ellos, sino nuestra”:

“Cariño mío, ¿Te enfadarás si te digo lo que pienso?”.

“No, dime, lo peor es la incertidumbre”.

“Creo que puedes estar embarazada”.

“¡Hostia puta!”.

“Cuidado, las princesas no hablan así y en esta dimensión vuelves a ser una princesa”.

“Si, y una princesa preñada, si es cierto lo que dices, y hablando de esas cosas, ¿Como es que has pensado en tu cama para el regreso, esperabas acaso que repitiéramos?”.

“No cariño, simplemente pensé en un sitio blando porque la vez anterior recuerdo haber aparecido unos centímetros por encima de la hierba, y que además fuera discreto y nos permitiera organizarnos”.

“A otro no sé si le creería, pero tú a pesar de ser un plebeyo pareces un caballero de honor y hablando de eso: Déjame tu móvil”.

Mientras Margarita lo utilizaba Roberto no quiso parecer interesado en sus maniobras y se dedicó dar un discreto vistazo al contenido de su bolsa que consistía en una serie de extraños minerales de tamaño algo menor que un huevo de gallina, unos emitían brillos irisados, otros destellos palpitantes y no faltaba alguno de una transparencia absoluta o de una negrura total, salió de su absorta contemplación cuando ella le dijo: “Puede que te enfades, pero he borrado todas las fotos y vídeos de ese lugar”.

“Me podría enfadar con cualquiera excepto con la mujer de la que estoy enamorado”.

“Eso también tenemos que hablarlo, estuvo muy bien en la otra dimensión mientras no sabíamos si íbamos a sobrevivir, pero en este mundo yo soy una princesa y debo comportarme como tal, así que te agradecería que no explicaras nada de lo sucedido, incluso creo que por el bien de la humanidad no deberías explicar que el secuestro fue para averiguar de donde sacaste las ideas de alguna novela tuya”.

“Veo que la princesa ha recuperado rápidamente la condición de tal, por tanto: ¿Qué es lo que quieres que explique?”.

“Pues que para ti han pasado apenas segundos desde que desapareciste del avión hasta que te has encontrado sano y salvo en tu casa”.

“¿Y si me niego a mentir?”.

“Yo lo negaré todo y quedarás como un excéntrico que quiere ganar notoriedad a base de inventarse otra de sus aventuras de ciencia ficción”.

“Ya, claro, y sin el respaldo de los vídeos...”.

“Exacto, nadie te creerá”.

“¿Y cómo justificarás tu estado ante tu familia?”.

“Diré que no tengo la menor idea, que sería a causa de algún experimento que los extraterrestres realizaron con nosotros estando inconscientes”.

“¿Y tú también has reaparecido en mi casa?”.

“No, haré que me recojan discretamente y no daremos la noticia hasta dentro de unas horas, y ahora si me permites me retiraré al cuarto de baño para hablar con mi padre discretamente”.

“Sea como tu desees”.

En los escasos diez minutos que la princesa estuvo fuera Roberto vertió las gemas de su bolsa y las de ella en el fondo del cesto de la ropa sucia y las volvió a rellenar con elementos de su colección de minerales procurando que tuvieran el mismo volumen de antes y sonrió pensando en la buena idea que había sido copiar todas las fotos y vídeos en su tarjeta extraíble y guardársela en un bolsillo. Al cabo de un momento reapareció la princesa sonriente diciendo: “Todo arreglado, y por cierto, preferiré que en el futuro no intentes ponerte en contacto conmigo porque teóricamente no ha habido ninguna relación entre nosotros, ni una simple conversación”.

“Como mi princesa guste”.

Y hablando de todo, ¿Que contienen las bolsas que nos han regalado los bichos?”.

“Ni idea, con todo este jaleo ni lo he mirado”.

“Bueno, sea lo que sea tengo que llevármelas para que los científicos reales determinen qué son y si se trata de elementos seguros”.

No tardaron en llegar unos agentes de paisano que en dos minutos disfrazaron a la princesa para que fuera irreconocible, acto seguido, el que parecía su jefe le dijo a Roberto: “De momento su móvil nos lo hemos de quedar por seguridad, ya le mandaremos otro nuevo, el contenido de su bolsa le será devuelto cuando nos aseguremos de que no es peligroso”.

“Vale, sino hay más remedio...”.

Roberto pensó que aquello era una especie de thriller y debía actuar con rapidez, de inmediato le vino a la cabeza la suerte de la princesa Diana de Gales, asesinada por los servicios secretos de su país, un pobre contable no tenía nada que hacer contra los agentes de la casa Real.

Subió dos pisos hasta casa de su vecino que cuidaba de su perro, un modisto gay que estaba secretamente enamorado de él, tuvo que taparle la boca para que no gritara de emoción al verle y además hacer callar a su perro. En unos minutos le hizo un resumen de lo sucedido, el amigo lloraba de la emoción y balbuceaba diciendo: “Dios, que romántico, te has follado a la princesa y ahora ella te ignora, cuenta conmigo para lo que necesites”.

Rápidamente tramaron su plan, hicieron sendos documentos en que Roberto le vendía su coche y todos los enseres de su piso de alquiler y a su vez le compraba su propio vehículo, seguidamente el amigo bajó al cajero automático para retirar la mayor cantidad de fondos posible, seguidamente revisaron las líneas de autobús que viajaban al extranjero y su amigo adquirió un pasaje directo a Suecia con sesenta y dos horas de duración y salida aquella misma tarde.

No hacía ni media hora que había vuelto a su piso cuando un mensajero le entregó un paquete con un móvil de última generación en el que estaban vertidos todos los datos del anterior.

Al atardecer, se dirigió a la estación de autobuses bien caracterizado para que nadie lo reconociera, subió al autobús cuando aún estaba casi vacío, tomó asiento en la parte trasera, puso el móvil que tan generosamente le habían regalado en silencio y lo deslizó entre el asiento y la pared del vehículo, seguidamente se apeó alegando una excusa y volvió a su domicilio, esperaba que el rastreo del móvil le diera unas horas de ventaja hasta que descubrieran el engaño.

Acto seguido metió su ordenador, cuatro recuerdos, algo de ropa y por supuesto los minerales de la otra dimensión en un par de maletas y ya de noche bajó al garaje comunitario, tomó el coche de su amigo y en doce horas había cruzado dos fronteras sin que nadie le solicitara la documentación, ventajas de la Europa comunitaria, sin embargo a pesar de la distancia no se sentía todavía a salvo, se dirigió sin dudar a la embajada de un país que sabía estaba bastante enemistado con el suyo a pesar de que las guerras solo eran verbales y económicas, se presentó como el pasajero que había desaparecido en el mismo vuelo de la princesa y pidió hablar con el embajador.

Sabiendo quien era no tardó en recibirle acompañado de una traductora, Roberto solo tuvo que explicar brevemente su historia y mostrar una de las gemas para que su solicitud de asilo le fuera concedida de inmediato.

Aquella misma tarde partía acompañado de la traductora en un vuelo privado hacia la capital de su nuevo país de acogida, aterrizó en su destino antes de que el móvil espía hubiera llegado a Suecia.

Cuando se detuvo en Estocolmo estaban esperando junto con los familiares y amigos del pasaje un par de agentes que al no verle descender preguntaron por él al chofer, cuando éste les habló de un pasajero que se había apeado en el inicio y no había regresado se desató el pánico, pero ya era tarde.

Durante aquellas horas, los medios de comunicación de su país habían informado que la princesa Margarita se hallaba sana y salva en palacio, pero por cuestión de seguridad no podían explicar cuándo y cómo había regresado, dejando entrever que era mérito de los científicos del reino, sin embargo no se dijo nada del otro pasajero secuestrado, Roberto pensó que esperaban poder eliminarle discretamente.

El trato con su país de acogida estaba claro y lo cumplieron con nobleza, tendría protección del más alto nivel, la mitad de los materiales entregados por aquellos seres pasarían a poder del estado, la otra mitad le pertenecerían y podría subastarlos al mejor postor o quedárselos de recuerdo.

Al cabo de unos días explotó la noticia: Roberto apareció en la televisión estatal explicando el cómo y el porqué de su secuestro por los alienígenas y su posterior huida y acto seguido un resumen de los vídeos que había grabado, sin embargo, como buen caballero que era, hizo que eliminaran los fragmentos en que la princesa aparecía desnuda y no se hizo ninguna referencia a sus relaciones amorosas y embarazo.

Los servicios diplomáticos de su país lo negaron todo y dijeron que aquello era un montaje mediante inteligencia artificial con el que un escritorillo más que mediocre intentaba dar relevancia a sus estúpidos relatos cortos.

Cuando el ministro del interior respondió a los periodistas, uno de ellos le señaló que casualmente la web donde se alojaban había sido hackeada y esos relatos habían desaparecido, preguntando si los servicios secretos del país tenían algo que ver con el hecho, a lo que muy indignado respondió que sus servicios secretos tenían cosas mejores que hacer y que eso sería obra de algún pirata informático que deseaba darse notoriedad y que ni

siquiera estaban seguros de si Roberto se había exiliado por propia voluntad o había sido secuestrado por sus supuestos protectores.

Sin embargo prácticamente nadie creyó sus explicaciones y todo el mundo aceptó como válida la versión de Roberto y más cuando se destapó la noticia de que una parte de las gemas de la dimensión alternativa serían subastadas, también quedó desmentida la versión del exilio forzado cuando en alguna ocasión Roberto apareció en un país neutral.

La pugna entre gobiernos, y multimillonarios por poseer una de aquellas gemas fue brutal, Roberto solo tuvo que vender la mitad de las que le pertenecían para acumular fondos que le permitieran vivir doce vidas de lujo, por otro lado, el gobierno de su país no podía reclamarlas sin dar por válida la versión de Roberto respecto a lo sucedido, por tanto Hacienda se limitó a exigirle que cotizara por los ingresos recibidos, a lo que el ministro de finanzas de su país de acogida respondió con una carcajada.

Otro bombazo fue cuando los servicios informáticos de su nueva patria montaron una web a prueba de hackeos con los ciento veinticinco relatos que Roberto llevaba en su ordenador, la gente se volvió loca intentando averiguar cual o cuales de aquellas novelillas había sido la causa de su secuestro alienígena, hubo quien dijo que todo era una farsa pero la inmensa mayoría se devanaron los sesos buscando el que y el porqué, los científicos establecieron teorías entre lógicas y rocambolescas.

Al cabo de unos meses, el modisto amigo de Roberto se dirigió a un aeropuerto de tercera categoría donde un avión privado los llevó a él y al perro a reencontrarse con su dueño. El encuentro con ambos fue efusivo, luego vinieron las explicaciones: “Sabes Roberto, tu piso ha sido registrado hasta debajo de las baldosas”.

“No esperaba menos de esa gentuza”.

“¿Y tú que tal estás aquí?”.

“Pues verás, la embajada pensó que precisaba permanentemente a la traductora por lo cual ahora hasta duerme conmigo”.

“¿Otro amor he?, nunca escarmentarás”.

“Ya sabes, la cabra tira al monte, pero es una persona maravillosa y espero que sea mi amor definitivo”.

Cuando al cabo de unos días se despidieron, Roberto le dio una maleta diciendo: “Esto es un recuerdo de mi nuevo país, además como no pasarás por aduana no tienes nada que declarar”.

El muchacho se sonrojó al abrirla y ver que estaba repleta de billetes de euros en fajos nuevos y muy apretados y comenzó a decir: “Oye, que no me debes nada, yo te he ayudado por simple amistad”.

“Ya lo sé, pero a nadie le amarga un dulce”.

Sin embargo no se habían acabado las sorpresas para nuestro amigo, pasado un año del incidente alienígena apreció una bola azulada en su habitación en mitad de la noche de la cual surgió el gran maestro de los alienígenas portando un envoltorio, Roberto contuvo a su horrorizada compañera diciéndole que no había ningún peligro, aquel ser le tendió el fardo de ropa en el fondo del cual se adivinaba un precioso bebé mientras le decía: “Nosotros no permitimos que nuestras acciones generen sufrimiento, por tanto te entregamos a tu hija para que su destino sea digno”.

“¿Mi hija?, ¿Pero entonces la princesa... Yo la he visto en reportajes y no parecía embarazada”.

“Trasplantaron el incipiente embarazo a un vientre de alquiler para poder observar que surgía de algo concebido en otra dimensión y no estaba claro lo que luego hubieran hecho con ella, es un ser inocente, procura que tenga una buena vida”.

Dicho lo cual el maestro retrocedió hacia la bola azulada que se encogió hasta desaparecer, de inmediato la puerta de la habitación se abrió y en ella apreció la pareja del servicio de seguridad diciendo: “Nos ha parecido ver un resplandor en la habitación. ¿Han sido asaltados por alguien?”.

A lo que Roberto contestó: “Pues sí, hemos sido abordados por alguien pero no es muy peligroso, por favor consigan biberones, leche materna, pañales, cuna y todo lo que un bebé pueda precisar”. Al cabo de un par de horas se habían presentado en la finca especialistas que determinaron que era un bebé aparentemente sano y sin tara alguna y se llevaron muestras de heces, sangre saliva y orina, más adelante el ADN determinó que efectivamente era hija de Roberto.

En su país de origen cundió el desconcierto por la desaparición del bebé, unos equipos de los servicios secretos llegaron a pensar que alguno de los otros, tal vez por decisión real, se había deshecho discretamente para evitar conflictos posteriores. De la misma forma en que no había trascendido su nacimiento tampoco lo hizo su desaparición.

La niña fue declarada hija de Roberto y adoptada por su pareja con la cual se casó para que su hija tuviera padres legalmente reconocidos, hecho lo

cual, la flamante esposa le dijo a su marido: “Ahora que estamos casados creo que deberíamos darle a la niña un hermanito”.

“Bueno, puestos a criar uno... ¿Por qué no dos o tres o cuatro?”.

“Bueno, tampoco te pases, que no quiero pasarme la vida cambiando pañales”.

“¿Cambiar pañales?, si tienes dinero para contratar un ejército de nanis”.

“No te digo que no, pero tampoco quiero que mis hijos pasen el día en manos de los criados, así que dos como máximo, y seguiditos”.

Al cabo de doce años. Las relaciones entre el país natal y el de acogida de Roberto mejoraron sustancialmente, para limar asperezas la princesa Margarita encabezó una delegación de buena voluntad que fue recibida muy amigablemente.

En una de las ocasiones en que se hallaba sola en un salón le comentaron que vendría una delegada de los niños del país para entregarle un ramo de flores. Entró una preciosa niña de once años que se le acercó sonriendo y le dijo: “Hola mamá, me llamo Alba y soy tu hija”.

Margarita se quedó traspuesta y solo acertó a balbucear: “Pero... no puede ser”.

“Es verdad, soy hija tuya y de Roberto”.

“Pero si el embarazo fue..”.

“¿Abortado?, no, solo fui trasplantada a un vientre de alquiler para ver en que podía afectar a un bebé el haber sido concebido en otra dimensión, cuando se hubieran cansado de hacer experimentos conmigo me habrían hecho desaparecer, la consigna real era que yo no debía existir”.

“Pero que cabrones, y yo sin saber nada, ¿Cómo llegaste hasta aquí?”.

“El mismo gran Maestro alienígena que habló con vosotros me trajo en persona, tus servidores no tienen ni idea de cómo desaparecí”.

La princesa se abrazó a la niña y se echó a llorar, en aquel momento decidió que en cuanto tuviera una oportunidad clara haría cambiar muchas cosas en la corte. Al despedirse la niña le dio una cajita con algunas de las gemas de la otra dimensión y le dijo: “Esto es un regalo de papá, dice que nunca te podrá olvidar y que siente haberse llevado las gemas y haberos engañado, pero que visto el proceder de la Casa Real fue la mejor decisión que pudo tomar”.

Pasaron siete años más, la princesa ya rozaba la cuarentena y seguía entozudada en no casarse alegando una u otra razón, en la Casa Real pensaban que su aventura interdimensional tal vez tenía algo que ver con aquella negativa pero no pudieron darle más vueltas al asunto porque el monarca falleció y Margarita, como heredera al trono que era fue coronada con todos los honores.

Su primer mensaje al pueblo se emitió en directo, lo primero que hizo fue dejar a un lado el guion que le habían escrito y decir: “Amado pueblo, he decidido que mi reinado sea un punto y aparte en el funcionamiento de la monarquía dejando atrás la hipocresía y el engaño, por tanto, lo primero que debo explicar es que los videos que en su día grabó mi compañero de aventuras en otra dimensión son absolutamente reales, no solo eso sino que existió una relación entre nosotros fruto de la cual nació la que hoy es la princesa Alba que ahora vive con su padre y a la que humildemente solicito que venga a ocupar su puesto como heredera al trono”. A partir de ahí ya enlazó con alguno de los parabienes que los consejeros habían incluido en el guion oficial.

Fue un verdadero bombazo, el gobierno y los asesores reales no sabían que hacer ni que decir, temían que aquello sería el fin de la monarquía en el país, finalmente el presidente del gobierno declaró desconocer todo aquel entramado pero aclaró que respetaba la decisión de la nueva Reina.

Al día siguiente los sondeos estimaron que la valoración por el pueblo, tanto de la Monarca como de la institución, a raíz de aquel discurso se había incrementado exponencialmente. Sin embargo Alba, para disgusto del país, declinó tal honor y solicitó permanecer en el anonimato. Cuando su padre le preguntó sus motivos le dijo: “Loca tendría que estar para cambiar mi vida de anónima millonaria por la encorsetada de una princesa, los honores para quienes les gusten”.

La nueva reina, cumpliendo con sus deberes reales, contrajo matrimonio antes de cumplir los cuarenta años y al año siguiente daba al país un heredero, sin embargo, de vez en cuando tomaba unas vacaciones fuera de protocolo en las que casualmente coincidía en algún apartado lugar con su hija.

FIN